

SAN BERNARDO, ABAD, DOCTOR DE LA IGLESIA (20 de agosto)

Noticias de su vida y obra

San Bernardo, muerto en Claraval (Clairveaux) el 20 de agosto de 1153, canonizado en 1174 (a petición de los abades cistercienses en un concilio, en Tours) y proclamado doctor de la Iglesia en 1830, nos abre un portillo del siglo XII, denominado con propiedad una «época bernardina».

Nació en Fontaines-lès-Dijon (Borgoña) en 1090, de una noble familia feudal (su padre era vasallo del duque de Borgoña). A los veintitrés años entró en la abadía de Cîteaux (Cistercium, junto a Dijon), fundada en 1098 y gobernada por Esteban Harding (que estaba apenado por la falta de postulantes), arrastrando tras sí nada menos que a treinta amigos y parientes. La orden cisterciense iba a renacer, convirtiéndose él en una especie de segundo fundador. Después de tres años de vida monástica (1112-1115) fue elegido abad de Clairveaux, una filial de Cîteaux, donde permaneció hasta su muerte, tras dedicarse a la contemplación, a la predicación y a responder a todos los llamamientos que la caridad y las circunstancias históricas requerían. Encargado por Eugenio III, antiguo discípulo suyo, a quien le había dedicado su último libro (el *De consideratione*), predicó la segunda cruzada, que tuvo un éxito militar negativo.

Además fundó sesenta y siete monasterios, desde España hasta Siria y desde Sicilia hasta Suecia; intervino, por fin, como pacificador en las diversas contiendas (como el cisma de Anacleto II contra Inocencio II); suscitando por doquier entusiasmo y veneración por sus milagros, así como por su doctrina de interiorización espiritualista. Esta no llegó nunca a los extremos de Enrique de Lausana, de Arnado de Brescia (a quien Bernardo hizo expulsar de Francia) o del monje cisterciense Rodolfo, que excitaba a las muchedumbres a perseguir a los judíos.

(Resumen de. E.Lodi)

Dos aspectos centrales de su doctrina, según Benedicto XVI

Se refieren a Jesucristo y a María santísima, su Madre. Su solicitud por la íntima y vital participación del cristiano en el amor de Dios en Jesucristo no trae orientaciones nuevas en el estatuto científico de la teología. Pero, de forma más decidida que nunca, el abad de Claraval relaciona al teólogo con el contemplativo y el místico. Sólo Jesús —insiste san Bernardo ante los complejos razonamientos dialécticos de su tiempo—, sólo Jesús es «miel en la boca, cántico en el oído, júbilo en el corazón» (*mel in ore, in aure melos, in corde iubilum*). Precisamente de aquí proviene el título, que le atribuye la tradición, de **Doctor mellifluus**: de hecho, su alabanza de Jesucristo «fluye como la miel».

En las intensas batallas entre nominalistas y realistas —dos corrientes filosóficas de la época— el abad de Claraval no se cansa de repetir que sólo hay un nombre que cuenta, el de Jesús Nazareno. «Árido es todo alimento del alma —confiesa— si no se lo rocía con este aceite; insípido, si no se lo sazona con esta sal. Lo que escribes no tiene sabor para mí, si no leo allí a Jesús». Y concluye: «Cuando discutes o hablas, nada tiene sabor para mí, si no siento resonar el nombre de Jesús» (*Sermones in Cantica canticorum* XV, 6: PL 183, 847).

Para san Bernardo, de hecho, el verdadero conocimiento de Dios consiste en la experiencia personal, profunda, de Jesucristo y de su amor. Y esto, queridos hermanos y hermanas, vale para todo cristiano: la fe es ante todo encuentro personal íntimo con Jesús, es hacer experiencia de su cercanía, de su amistad, de su amor, y sólo así se aprende a conocerlo cada vez más, a amarlo y seguirlo cada vez más. ¡Que esto nos suceda a cada uno de nosotros!

En otro célebre Sermón en el domingo dentro de la octava de la Asunción, el santo abad describe en términos apasionados la íntima participación de María en el sacrificio redentor de su Hijo. «¡Oh santa Madre —exclama—, verdaderamente una espada ha traspasado tu alma!... Hasta tal punto la violencia del dolor ha traspasado tu alma, que con razón te podemos llamar más que mártir, porque en ti la participación en la pasión del Hijo superó con mucho en intensidad los sufrimientos físicos del martirio» (14: PL 183, 437-438). San Bernardo no tiene dudas: «*per Mariam ad Iesum*», a través de María somos llevados a Jesús. Él atestigua con claridad la subordinación de María a Jesús, según los fundamentos de la mariología tradicional. Pero el cuerpo del Sermón documenta también el lugar privilegiado de la Virgen en la economía de la salvación, dada su particularísima participación como Madre (*compassio*) en el sacrificio del Hijo. Estas reflexiones, características de un enamorado de Jesús y de María como san Bernardo, siguen inspirando hoy de forma saludable no sólo a los teólogos, sino a todos los creyentes. (21-X-2009)

Elogio de la Liturgia. Prefacio

Tú nos concedes celebrar con alegría la solemnidad de san Bernardo. Rebotante de sabiduría celestial y con espíritu de amor y de oración ferviente, lo has ligado incesantemente a tu palabra. Insigne por celo y santidad, cantor admirable de la Virgen madre, difundió por el mundo la luz de la fe y de la sabiduría, y fue, en tu Iglesia, mediador de concordia, de unidad y de paz. (*Suplemento monástico al MR, 1980, 158*)

